

FERNANDO GUIBERT

NIVEL DE FURIA, EXTENSO....

Nivel de furia, extenso,
del alma penitente,
oculto en el tapujo con las vueltas
de su mando bailando de la hombría.

Tango parido de vacío,
llegó de falta grave, de una ausencia,
de un castigo sin árbol y sin jueces.
Pecado de silencio, de agujero,
destierro de orfandad sin madre muerta,
y sí, osamentas muertas de caballos,
ostracismo largo de una pampa.
Llegó de boca, con los pies,
su respiro de macho prepotente,
espejo andante terco en la resaca
de la carne diaria con los pasos
y las lujosas noches de indigencias,
antros del cuerpo, las zanjás sin remedio,
malones de los sexos insurgentes.

Simulacro abortito y zafarrancho,
el continuo crimen de su baile,
de llevar a la rastra la fantasma,
de la mujer que llevan condenada,
de la mujer que arrastran su renuncia.
Y también del alma reincidente,
por sus ropas perdidas, los regalos,
que busca por el suelo los remiendos
los ojos sin el fiel y la venganza.
De la vejada desnudez violada,
de ángel sin las alas para el cielo,
las juntadas penas rebeldes en el cuerpo,
tango que pide al tiempo sus clemencias
que le tira todos los agravios,
libre, febril, que baila de su despecho,
vitalicia su noche de la Tierra.
Desahucio de finales indulgencias.

Salen los pies en sus lustrosos,
gatos y gatas bajan hasta el suelo a bailar,
de los sellados bailarines.
Bajan de la cabeza nocturna de los techos,
de las cabezas acostadas de las latas del zinc,
lunáticos altillos, lunáticas baldosas
hasta el suelo del pie y sus secretos hormigueros.
Todo y está, bajo la sombra honda de la luz,
sombra de los rencores, los clamores,
sombra de los faroles de las lunas suspendidas
de su cielo callado y corazón enmudecido
a la herrumbre
a la muerte del sol
y sus trabajos, son penados,
de la muerte del ruido,
del yugo y sus condenas
a espaldas de las calles que han sufrido.

Bajan de la azotea y sus castillos turbios, sus casillas,
cabeza y los tejados de los sueños y delirios
telar de lo que fue,
de lo pasado y ya lo sucedido
que es hoy lo que fue ayer, se lo han creído.
De los altos bajan, enredados, confundidos
y de la niebla de pensar y su humareda,
espesas aguas de su lento riachuelo,
por los puentes duros de crueldades
por los hierros crueles que marcan el deseo.
Y bajan
hacia el vacío de estar solos y más,
de estar solos y desearlo como el pan,
a la caída,
por los oscuros negros caracoles
por las errantes escaleras de caer
por los muros de cal, descascarados
y los ladrillos de las enredaderas
y las ásperas ropas de colgar
son ropas muertas, las fantasmas
que las agita el viento, noche nuestra extensa
noche de miradas y diamantes ajenos extranjeros,
los vidrios tan ausente, tan brillantes
para el ardido corazón de los fantoches.

Gatos, culebras o rápidos relámpagos,
en los suelos eléctricos del pie desesperado,
las suelas de fósforos de arder,

chispas de más, de chispas de volar,
encendedores de los fuegos
afiladores de centellas con los pies de bailar.
El mundo y su querella y discusiones,
su ovillo tonto, taciturno,
de querer y sus contiendas
y la deseada hora del enlace mortal,
tango de su abrazo mortal,
de sus palabras de derrotas con los pies,
coloquio solitario y diálogo monólogo
de las airadas almas separadas, aferradas,
que se las lleva el diablo
y debajo del suelo, geometría,
cicatrices de sus penas de los días,
marcas de sus sueños en la arena.

Y alegres como las velas de la luz,
parpadeantes y amarillas,
verticales y amarillas para el sonoro rito del compás
así de dominados en el instante de saltar a bailar
frenos, un instante, se contienen el aliento y el aire.
Erizado brillo
El, de las pelambres de su estampa, su pómulo de
muerte
su zarpa y sus violencias, contenidas por los dientes
de su hombría de ser y de sus miedos clandestinos.
Ella, de sus pupilas anegadas,
sus garras y su talle a caer
y su racimo de las flores
las frutas ya caídas en el suelo,
rehén del hombre, consentido,
por el ojo ardiente de su cuerpo
y su pecado eréctil, todo florecido,
jarrón cansado está gastado hasta los vidrios
de llorar de gozar,
de la noche, juega con las presas.

Y por un instante sólo y la arrogancia
se detienen,
sus sudores
sus estatuas de sal
sus odios juntos del amor
sus sombras sujetas, las cadenas
dobles caras absortas y bicéfalas
ebrios del alcohol de saber para las piernas
y la hoguera se enciende
en las negruras, grietas de su tango,

ciegos que ven el resplandor por dentro,
su orgulloso fuego herido de miserias,
helado remolino,
altar sobre cenizas de su fango.

Puntera y punta, el hilo y su comienzo
salen y ya la procesión en marcha
camino a su desierto
y van los pies hilando el terciopelo
despojo amargo
de un vestido roto para el duelo.
Van y van enfermos
con el juego incógnito trampeado,
sin salida, sin puertas,
cerrado en el misterio de su juego
sin reglas y sin ley su laberinto.
Y del enlace
las blandas lagartijas
arrastradas a tango
y enemigas
se dejan empuñar de escobas falsas.
Barridas, retroceden a compases de amor,
mordidas en el brazo acanallado.
Qué venganzas frías le ocultan lentamente,
pasivas de sus cuerpos descompuestos,
al violento imprudente asombrerado,
al confiado rufián de los arrestos,
lunfardo por la boca de los actos.

Los rodetes de fuerza, nauseabundos,
las miradas bajas ensañadas
los senos ardorosos
los muslos,
las airadas cabelleras de culebras
flagelan alevosos el costado del rey
con los pavores.

El adivina en lo oscuro de la esclava
el futuro mortuorio, los trabajos,
los fierros que acompañan a las rejas,
desgracias las que vienen de las perras.
Y lo peor de todo, a su decreto,
ella con su odio de sí misma
de odio siempre virgen inviolable.
De mutuos carceleros confinados,
delitos de su tango de la vida.

La ciudad se vive de sonidos y ruidosa joven
barahunda
la ciudad se muere de silencios
ausencias y de siestas y de pausas.
Y los hombres confusos, ignorantes,
componen de barato su concierto
cerrado y egoísta entre sus casas
de murmullos de hablar y de gritar sobre los techos
debajo de los techos, por los pisos.

Y las carnales voces del mercado abierto,
contrabandos voraces de su tráfico
claman los violentos ejercicios, las cruentas acrobacias
y el derecho de pasar sus amuletos
sus bultos y piolines y bolsillos
matracas de su orgullo y los vehículos.
Y del desorden permitido y aprobado
sin tiempo en el ensayo
sin ningún preámbulo de coro
por sus devotos actos de la tierra,
sacrílegos enojos y apetitos, no pueden detenerse,
febriles de sus ansias en los pactos, los insultos
y los constantes rojos juramentos.

Y las cosas, los trastos desplazan y levantan
maderas férreas a pedazos
y los codos se afanan en lo alto
de estruendosas latas de su fuerza
de estúpidos encierros de sus cajas
y crecen los ensayos, erecciones y derrumbes
inútiles grandezas de sus cáscaras.
Y las nubes de los aires sueltos,
igual el río lento de sus capas
con sus manadas surcan soberanos
ausentes y lejanos de los hombres,
los dedos por las alas de las arpas
y los violines aves ambulantes,
guitarras acostadas como barcos
que entierran sus nostalgias de la pampa.

Y los sonidos traen su nombre, gritería y melodías
inmenso circo de calles y aposentos
son todos buhoneros, mercachifles,
y compradores todos mercachifles.
Y traen los silencios y los rictus
las flores o marchitas de sus sueños
ramos y coronas de vigili

y la agonía enferma de tristeza
con sus muertos duros en sus puertas,
mudos rostros escondidos de la muerte
y su lenguaje pétreo y envidioso
golpean las astillas vanamente.
Y todo, su delirio y consunciones
sus señales preguntas y respuestas
tan sabidas todas engañosas
se conocen todas las caretas.
Y los héroes pocos y rufianes
víctimas y tartufos a su turno
que rompen y rubrican los contratos
incendian y dispersan las alianzas
se gritan bobos sus coléricas polémicas
se enlazan en la furia de sus fiestas,
se empujan en los dientes de las rejas.

Entonces Buenos Aires cada día
levanta por sus manos instrumentos,
carillón echado de campanas
para que suene todo de arrebato
y a rebato fiel de las iglesias
y estalla la batuta, su tormenta necia de los músicos
su concierto necio de la vida
con ruidos necesarios y gratuitos,
sonora máquina de puertas
estadio y los atletas de trabajo
y celdas invisibles de su cárcel.
Su tango universal desafinado
con discursos sordos tartamudos y estentórea
habladuría,
los pies de su estropeada sinfonía
informe y barcarolas descompuestas.

Cuánto le crece tango
de la hoguera densa y humos que se aumentan
de su vida sin dueño y pantalones
de sus arcas vacías y saqueadas,
hueco estéril de nadie
de su enorme estatua danzada tan terrestre,
los pies sobre torcidos adoquines
la puja de su marcha tan pedestre.
Cuánto le crece
de las vidas cantantes y gemelas
por el día y los felices días pordioseros
entre las piedras locas, desgastadas medianeras
y paredes grises que se elevan imprudentes

más altas que los panes de las mesas
más altas que los huesos de las muertes.

Y se baila la fiebre, lunática veleta
con el techo casi siempre roto de vergüenza
aplastando muchas las cabezas
y cabezas herrumbradas de ambiciones en los hornos
y los ojos de vacas inmoladas con las brasas
cabezas arrancadas por los choques
testuces quebrantadas por los golpes.

Y los barrios largan tangos como besos
como olores y vidas de los hombres
y sus menudos pasos por el tiempo,
de los patios chillones y cantores
de las vecinas puertas por los codos
de los menudos pies de los umbrales
y el cuadrúpedo apoyo
de las sillas, catres y trinchantes,
tranquilos animales y domésticos
egipcios gatos rondan con sus bronces
de su monito enjaulado de los sueños en barbecho,
el loro verde sucio de su parla cotidiana
con latas por las voces de los techos.

La gran pierna, batida removida
de punta a punta va
a grandes pasos va y el tiempo que la bate,
se queda detenida
hamacada queda y continúa,
a grandes aspavientos sofocada
las almas sin descansos por los bailes.
Pata de la ciudad, frenética insolente
tan ancha, tan metida
desde el desgraciado corazón
que nace por su sangre solitario.
Pata en la fiebre y en los hervideros
de mayor a menor
en los enjuagues
en los malditos ruidos de los tachos
en los buscados platos del dinero,
en la vergüenza
modestia pobre del silencio de los barrios
con sus orejas largas aburridas.

Y en la furia de calles cada metro
Y en la furia de hombres cada acto

de peor a mejor
de andarse en la gran pata enajenados,
abuso y su desgaste
sus piernas miserables en la pierna
de antes y después
volados siete lunes miserables
trotados siete sábados bailables.
La gran pierna interminable coja
que renguean todos como perros
que la siguen todos como rabos.
La gran pierna, muleta inseparable
de ansiedad, soborno inseparable
de paso de joroba
de lejano palo agusanado
de pluma negra y cresta
sangre qué de infiel y coagulada.

Como ciudad te suena tango
de cada día que comienza,
primeras voces, primeros los compases
cuando dormidas todas las paredes
la noche cierra turbia boliche de botellas,
estrellas pálidas regresan,
tiritan encorvadas
llevadas de bracete de las fiestas
y ambula gata de la madrugada.
Y lentas vagas humaredas de suicidio
revuelven los cigarros de la niebla,
vahos que vagan de los descampados
y el blancuzco aliento de las aguas
que sube por el río, chimeneas
y el horizonte pega su relincho.

El ruido está y se acerca
de nácar se desata sobre piedras
y el rosa, las banderas levanta de las camas
el amarillo abre los portones
del sol y su brasero allí se planta
en el tango macho, mástiles del puerto
en el tango hembra, rama de la pampa.

Y la ciudad despierta bailarines como moscas
desenfundados ya los instrumentos
y la ciudad comienza su milonga
de ir y disputar y darse vuelta
subir y de bajar por las escalas
corcheas y las fusas semifusas.

Tocan los días su tango de los tangos
de un bandoneón tan largo por su fuelle
se acortan y se alargan recuerdos, los gemidos
las horas a lo angosto de su paso
las penas a lo ancho del rosario.
Al corazón lo arrastran a los golpes
al corazón lo llevan de la mano
y hermano corazón, cállate un poco.

Y un arco de violín hasta los ángeles
hace cantar y giran las veletas
y las guitarras dicen graves
los bajos fondos broncos por los bajos
las voces por las cuerdas de las voces
los tacos por los bajos de los tacos.
Y pianos descolados de los patios,
amarillo alegran de retamas
concierto de las plumas del canario
concierto del aljibe del jilguero
ahogado por las lágrimas del balde.

Y el día suena entre los ruidos de los brazos
que mueven el molino de los carros
al sudor del sol, oro redondo,
abiertas sus dos piernas entre ejes
dos puertas tan abiertas a las manos.
Y la siesta suena sorda,
paredes abultadas de ronquidos
contrabajos roncacos, que se sientan y se acuestan
debajo de las uvas de las parras.
Suena la tarde en las orejas pálidas y blandas
nostalgias del azul hacia el violeta,
sedosas telas del turco de la tarde
sonidos de las siete hacia las ocho,
las sombras hacia el frío de las sombras.
La música en las ramas de la noche
se junta despacito en un tañido
elevada iglesia en sus estrellas
elevadas cúpulas del alma.

Al borde de las fachas de las casas
la vereda suena unas pisadas
temblor en flor de una pebeta
que va hasta las horquillas asustada.
Su andar levanta tango de la misa
del polvo estremecido de su cuerpo

espesa y polvareda de su carne.

Y un color dispara como un perro
lobo de miedo húmedo erizado
por el fuelle hondo de la calle
y suena gris su aullido
por un embudo lívido de flauta.
Y el negro suena de un sombrero
subido a lo más alto de la espalda
que va hamacando sus compases ciego
del paso que lo lleva al otro paso
silbando a cada paso su apellido.
Y se lo traga el vano de la puerta
y se lo traga el hueso de un boliche,
y se lo traga un ojo en la guitarra.

Horas del día su paso están tocando,
el día de una calle está tanguendo.

Y botellas chocan con botellas
sillas con compadres se atornillan
y una silla suena en la cabeza
y suena en la cabeza una botella,
que patas contra patas de la silla
que uñas contra cantan las guitarras.

Tango con compadre con coraje,
mina con su morro concubina
de meta y ponga y meta y ponga,
chamuyo que le filtra con el cuerpo
milonga que le filtra por la oreja
y se cierran todos los sombreros.